

# El exilio y la investigación lingüística en la Argentina

Los estudios acerca del lenguaje comenzaron en América en el siglo XVI, cuando los misioneros se plantearon la necesidad de comprender las lenguas indígenas para llevar a cabo una efectiva evangelización y cuando los latinistas coloniales emprendieron la enseñanza de la gramática. Pero sólo a fines del siglo XIX, coincidiendo con un período de relativa estabilidad y organización más o menos generalizadas, llegó a Hispanoamérica el influjo de una auténtica ciencia lingüística nacida en Europa Central al calor de enfoques esencialmente históricos. Llegó, primero, a través de individualidades: con el colombiano Rufino J. Cuervo, el material lingüístico hispanoamericano es puesto bajo la lupa rigurosa de la nueva disciplina;<sup>1</sup> con las investigaciones de Rodolfo Lenz y Federico Hanssen (dos maestros alemanes llamados a trabajar en Chile), la filología europea se establece en nuestro continente.

Entretanto, Ramón Menéndez Pidal había fundado la filología española sentando las bases para su estudio, y con la colaboración de brillantes discípulos, las desarrollaba en su escuela del Centro de Estudios Históricos de Madrid. Cuando en el ámbito de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires se creó un Instituto de Filología, se otorgó el nombramiento de director honorario a Menéndez Pidal, quien asumió el compromiso de enviar todos los años a uno de sus discípulos para hacerse cargo de la dirección del nuevo centro de estudios. Se asignaba al Instituto la función de formar una escuela de especialistas argentinos, y su director tendría la misión de dictar la cátedra de Filología Románica y de promover la investigación en cuatro áreas: filología general, romance, americana e indígena.<sup>2</sup>

En 1923, el profesor de Historia de la Lengua Española en la Universidad de Madrid, Américo Castro, fue designado primer director del Instituto, en cuyo acto inaugural Ricardo Rojas (por entonces decano de la Facultad de Filosofía y Letras) expresó su anhelo de ver crecer en torno del ilustre visitante «una escuela de filólogos argentinos que contribuya al acervo de la filología universal colaborando para ello con sus colegas de España».<sup>3</sup>

<sup>1</sup> Cf. Guillermo L. Guitarte, «Bosquejo histórico de la filología hispanoamericana», en El Simposio de Cartagena (agosto de 1963), Bogotá, Insto. «Caro y Cuervo», 1965, págs. 230-244. Opina Guitarte que una gramática de sorprendente valor como la de Andrés Bello debe más a su formación filosófica que al real conocimiento de la recién nacida lingüística histórica.

<sup>2</sup> Cf. Frida Weber de Kurlat, «Para la historia del Instituto de Filología y Literaturas Hispánicas Dr. Amado Alonso», en Homenaje al Instituto de Filología y Literatura Hispánicas «Dr. Amado Alonso» en su cincuentenario, 1923-1973, Buenos Aires, Comisión de homenaje al Inst. de Filología, 1975, págs. 1-11.

<sup>3</sup> Cf. «Se realizó ayer la inauguración del Instituto de Filología», en La Nación (Buenos Aires), 7-6-1923.

Iniciada la labor del Instituto con un primer grupo de investigadores que bajo la dirección de A. Castro prepararon una edición del *Pentateuco*, se sucedieron en la dirección Agustín Millares Carlo (1924)<sup>4</sup> y Manuel de Montoliu (1925).

Pero las autoridades de la Facultad apreciaron la conveniencia de dar mayor continuidad a las investigaciones del Instituto, y con ese fin llegó en 1927 un nuevo director, contratado esta vez por cuatro años. Era un joven filólogo (nacido en Lerín — Navarra— en 1896, y doctorado ya en la Universidad de Madrid),<sup>5</sup> había trabajado en el Centro de Estudios Históricos junto a R. Menéndez Pidal, A. Castro y T. Navarro Tomás, y había hecho estudios de perfeccionamiento en Hamburgo con G. Panconcelli-Calzia. Era Amado Alonso, el hombre que no sólo volcaría una capacidad y un entusiasmo excepcionales en el desarrollo de la labor del nuevo Instituto, sino que lograría un objetivo que hasta entonces no se había obtenido: «Dar vigencia colectiva a la filología en nuestros países, hacerla una necesidad y un objeto de la cultura hispanoamericana». <sup>6</sup> Sobre el Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires, ha escrito Eugenio Coseriu: «This Institute was at first the only center of importance and later (until 1946) the most important of all the philological and linguistic research centers in Ibero-América [...] But especially from 1927 to 1946, under the direction of Amado Alonso, it displayed an intensive and manifold activity, becoming one of the most important centers of the Hispanic world and even the foremost at the time when philological and linguistic activity decreased in Spain.» <sup>7</sup>

La guerra civil española dispersó a los integrantes del Centro de Estudios Históricos de Madrid. En 1936 retornó a la Argentina Américo Castro (donde permaneció hasta 1940); continuó trabajando en investigaciones históricas y recopilando (secundado por un grupo de investigadores argentinos),<sup>8</sup> los materiales que habrían de servirle de base para *La peculiaridad lingüística rioplatense y su sentido histórico*.<sup>9</sup> Después de la caída de la República, Amado Alonso se convirtió, de hecho, en un desterrado, y el exilio trajo a nuestro país a otros dos discípulos de Menéndez Pidal: en 1939, a Clemente Hernando Balmori (que permaneció hasta su muerte, en 1966), y en 1940 a Joan Corominas (quien desplegó una fructífera tarea en un período de sólo cinco años).

Los exiliados españoles configuraron un abigarrado conjunto de emigración en masa: funcionarios, profesionales y escritores procedentes de diferentes estratos de la clase media junto con numerosos representantes de la clase obrera. «El célebre primer artículo de la Constitución de 1931, que definía el nuevo Estado español como “repú-

<sup>4</sup> En ese año apareció la primera publicación del Instituto, el Cuaderno n.º 1 (con trabajos de R. Menéndez Pidal, T. Navarro Tomás y M.L. Wagner), y en ese período se iniciaron investigaciones sobre el español medieval fomentadas por la erudición histórica y la versación paleográfica de Millares Carlo.

<sup>5</sup> En 1924, un estudio sobre la articulación del grupo *tr* (un rasgo fonético de su tierra navarra) había significado su primer contacto con el habla de Hispanoamérica: «El grupo *tr* en España y América», en Homenaje a Menéndez Pidal, II (1925), págs. 133-156.

<sup>6</sup> Cf. Guillermo Guitarte, op. cit. en n. 1, pág. 241.

<sup>7</sup> Eugenio Coseriu, «General perspectives», en Current Trends in Linguistics IV: Ibero-American and Caribbean Linguistics, The Hague-Paris, Mouton, 1968, pág. 14.

<sup>8</sup> Entre ellos, Ana María Barrenechea, Frida Weber, Celina Sabor de Cortazar, Enriqueta Terzano y José Francisco Gatti.

<sup>9</sup> Editado en 1941 por la Editorial Losada de Buenos Aires.

blica de trabajadores de todas clases”, quizá no estuvo nunca tan cerca de la realidad como en el éxodo que siguió a la guerra civil de 1936.»<sup>10</sup> En medio de la amargura del extrañamiento pudo darse, sin embargo, desplegado en una variada gama de matices, un diálogo enriquecedor entre dos culturas inscritas en un mismo proceso histórico general; los cuatro filólogos de primera línea que recalaron por entonces entre nosotros se cuentan entre los interlocutores más descollantes.

Durante los diecinueve años de su permanencia en nuestro país, Amado Alonso hizo del Instituto que hoy lleva su nombre una auténtica escuela lingüística. En un ambiente de estudio entusiasta y cordial colaboración se formó el más brillante equipo de lingüistas, filólogos y críticos literarios que haya existido en nuestro país: Ángel Rosenblat, Raimundo y María Rosa Lida, Marcos A. Morínigo, Raúl Moglia, Berta Elena Vidal de Battini, Enrique Anderson Imbert, Guillermo Domblide; más tarde, Ana María Barrenechea, Frida Weber, Daniel Devoto, Julio Caillet-Bois, José F. Gatti, María Elena Suárez Bengoechea, Juan Bautista Avalle Arce, Ernesto Krebs y otros, que ocupan o han ocupado cargos relevantes en universidades americanas y europeas<sup>11</sup>. Alonso atrajo también a dos investigadores veteranos como Pedro Henríquez Ureña,<sup>12</sup> que formó una escuela en la línea de los estudios hispanoamericanos, y Eleuterio Tiscornia.<sup>13</sup>

En esos años se elaboraron los siete medulosos tomos de la *Biblioteca de Dialectología Hispanoamericana*,<sup>14</sup> sagazmente anotados por A. Alonso, A. Rosenblat, P. Henríquez Ureña y R. Lida. Este ambicioso proyecto se proponía reunir un corpus de materiales preexistentes (ordenados, completados y anotados)<sup>15</sup> junto con investigaciones nuevas, con el objeto de suscitar análisis pormenorizados y planteos teóricos que contribuyesen a clarificar la problemática dialectal de Hispanoamérica. Estos materiales, así como la publicación de otras contribuciones originales —teóricas, descriptivas o críticas— del propio Alonso<sup>16</sup> o de algunos de sus colaboradores, establecieron las ba-

<sup>10</sup> Cf. Vicente Llorens, «Entre España y América (la emigración republicana de 1939)», en *Mundo Nuevo*, 12 (jun., 1967), pág. 61.

<sup>11</sup> Sus líneas de investigación fueron continuadas por discípulos y por otros investigadores, como Guillermo Guitarte, Emma Speratti Piñero, Isaías Lerner.

<sup>12</sup> El gran maestro dominicano realizó y publicó en el Instituto parte importante de su obra: El español en Santo Domingo (BDH, V, 1940), volumen al que había servido como introducción el anejo II de la BDH, La cultura y las letras coloniales en Santo Domingo, y como complemento, el anejo III. Para la historia de los indigenismos (1938). Antes había publicado Sobre el problema del andalucismo dialectal en América (anejo I, 1932), tema en el que continuó trabajando.

<sup>13</sup> Tiscornia, que ya había publicado su importante edición de Martín Fierro, reelaboró con Alonso los estudios sobre literatura gauchesca que estaba preparando; el Instituto los publicó con el título de La lengua de «Martín Fierro» en 1930 (BDH, II).

<sup>14</sup> El tomo VII, El habla rural de San Luis, de Berta Vidal de Battini, ya estaba terminado cuando Alonso y sus principales colaboradores se alejaron del país, pero no fue publicado hasta 1949.

<sup>15</sup> Antes de la irrupción de Amado Alonso en la escena de la dialectología hispanoamericana, los trabajos serios sobre el tema se hallaban en obras y revistas agotadas, en artículos dispersos en publicaciones extranjeras o entremezclados con materiales sin validez científica.

<sup>16</sup> Por ejemplo, «Problemas de dialectología hispanoamericana», en BDH, I (1930, 317-469); «Examen de la teoría indigenista, de Rodolfo Lenz», en RFH, I (1939, 313-350); «Algunas cuestiones fundamentales», en Estudios lingüísticos. Temas hispanoamericanos, Madrid, Gredos, 1953 (publicación póstuma). Incluso algunos de los trabajos destinados a un público menos erudito constituyen hoy un capítulo insoslayable de la dialectología hispánica: El problema de la lengua en América, Madrid, Espasa-Calpe, 1935; La Argentina y la nivela-

ses metodológicas del estudio del español de América como una realidad lingüística que no puede aislarse del ámbito general de la dialectología hispánica enfocada como un complejo en el que deben deslindarse niveles: lo antiguo y lo vigente, lo general y lo regional, lo literario y lo cotidiano. En consecuencia, cada hecho dialectal no se describe simplemente como un fenómeno aislado, sino que se interpreta dentro de un proceso lingüístico encuadrado en un contexto histórico-cultural.

Además, Amado Alonso fundó en 1939, y dirigió hasta 1946, la *Revista de Filología Hispánica*, que fue durante ese lapso el principal órgano de difusión de los estudios hispánicos en América Latina y una de las más importantes publicaciones de lingüística romance del mundo.

Otra característica de la producción de Amado Alonso —aparte de su valor intrínseco— es su carácter abarcador: planteos teóricos y metodológicos, fonología, gramática, lexicología, lingüística histórica, dialectología, estilística;<sup>17</sup> recopilación, descripción, reflexión, interpretación, creación, polémica, docencia,<sup>18</sup> divulgación, traducciones.<sup>19</sup>

Para comprender el sentido de la obra lingüística de Alonso hay que ubicarlo en el ambiente en que se formó. Surgió en esa escuela española que buscaba el rigor científico sin cerrarse a corrientes de pensamiento diversas y concibió en íntima unidad la lengua, la literatura, la cultura y la historia. Supo de la renovación que la geografía lingüística ejercía en los estudios dialectales, conoció la noción reelaborada de la acción del sustrato y los replanteos acerca del origen del español; allí y en Hamburgo asimiló los adelantos que el positivismo había impreso al análisis fonético. Y a esa formación básica, que supo integrar de manera original, incorporó dos nuevas orientaciones teóricas: el idealismo vossleriano y el concepto saussuriano de la lengua como sistema. Vossler lo indujo a retomar la visión de Humboldt de la lengua como *energía*, y ambos lo llevaron a concebir una «forma interior del lenguaje» (*Innersprachform*), noción en la que pudo vincular las concepciones espiritualistas y estructuralistas. En su estudio dedicado a las «Preferencias mentales en el habla del gaucho»<sup>20</sup>, su ejemplificación americana de la forma exterior del lenguaje demuestra cómo se reestructuran coherentemente, en un nuevo sistema expresivo, los materiales lingüísticos patri-

ción del idioma, *Buenos Aires, Institución Cultural Española, 1943*; y muy particularmente, Castellano, español, idioma nacional. Historia espiritual de tres nombres, *Buenos Aires, Inst. de Filología, 1938* (a través de esos tres términos usados por la comunidad hispánica para nombrar su lengua, se abarca un amplio panorama de intereses políticos y socioculturales desde la Edad Media hasta nuestros días).

<sup>17</sup> La copiosa bibliografía de Amado Alonso se consigna en NRFH, VII (1953), números 1-2, 3-15.

<sup>18</sup> No sólo la ejerció en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, sino también en el Instituto Nacional Superior del Profesorado de la misma ciudad y en la Facultad de Humanidades de la Universidad de La Plata.

<sup>19</sup> Empeñado en difundir las más modernas corrientes del pensamiento lingüístico, tradujo (sólo o en colaboración) obras fundamentales: Introducción a la estilística romance (con estudios de K. Vossler, L. Spitzer y H. Hatzfeld), *Buenos Aires, Inst. de Filología, 1932*; El impresionismo en el lenguaje (con estudios de Ch. Bally y E. Richter), *Buenos Aires, Inst. de Filología, 1936*; Filosofía del lenguaje, de K. Vossler, *Buenos Aires, Losada, 1943* (los tres en colaboración con R. Lida); El lenguaje y la vida, de Ch. Bally, *Buenos Aires, Losada, 1941*; Curso de lingüística general, de Ferdinand de Saussure, *Buenos Aires, Losada, 1945*. Las introducciones, estudios complementarios, guías y notas que acompañan estas traducciones continúan considerándose hoy como acoso obligado hacia esos autores.

<sup>20</sup> Publicado por primera vez en *Nosotros*, LXXX (1933), págs. 113-132.

moniales. En «Noción, emoción, acción y fantasía en los diminutivos»,<sup>21</sup> estableció una distinción entre la denotación del sufijo y los valores expresivos que hoy deslindaríamos en términos de significados contextuales. En «Estilística y gramática del artículo en español»,<sup>22</sup> precisó el papel asignado al artículo en el sistema y los efectos significativos del sintagma artículo-sustantivo.

Al adherirse al idealismo evitó las generalizaciones que no se fundamentan en evidencias concretas, y en su búsqueda de lo sistemático en la lengua evitó falsear en esquemas simplificadores la complejidad de los fenómenos lingüísticos. Abrió el camino, así, a las corrientes que décadas después, buscando regularidad estructural en la heterogeneidad inherente al fenómeno lingüístico, se aproximarían a interpretaciones más ajustadas acerca de su índole y de su relación con el contexto social.

La atención prestada simultáneamente a los temas lingüísticos y literarios, no sólo se explica por su inserción en la tradición filológica europea y la influencia vossleriana, sino también por una personal sensibilidad estética que lo llevaba a ver en la literatura la máxima tensión expresiva de las posibilidades de una lengua. La monografía dedicada a Neruda<sup>23</sup> es uno de los ejemplos máximos de las posibilidades de la estilística y puede servir como paradigma para valorar históricamente una orientación que junto con el formalismo ruso y el *New Criticism*, vivificó en la primera mitad del siglo el campo de la crítica literaria.

En la senda de los *Orígenes* de su maestro Menéndez Pidal, Amado Alonso era la persona indicada para emprender una nueva obra fundamental acerca de la historia del español. Era consciente de que un estudio completo y sistemático del castellano del siglo XVI (época de la difusión del español como lengua supranacional) era esencial para la interpretación histórica del español actual y para la comprensión de las cuestiones fundamentales de la dialectología hispanoamericana. Desde 1933 se ocupaba en ello, pero la enfermedad y la muerte (en 1952) dejaron inconclusa *De la pronunciación medieval a la moderna*. Su amigo Rafael Lapesa recogió sus materiales y sus indicaciones finales, y realizó un trabajo de edición ejemplar.<sup>24</sup> Amado Alonso recopiló una enorme masa documental para reconstruir la pronunciación de la época (testimonios de gramáticos, rimas de poetas, documentos manuscritos e impresos) y organizando con precisión y agudeza informaciones dispersas y confusas permitió conocer en toda su complejidad la última revolución fonológica del castellano en un aporte que continúa siendo un instrumento indispensable para la lingüística histórica hispánica.

La obra de esta personalidad vital y compleja (erudito, creador, maestro, guía y movilizador de profundas vocaciones y grandes empresas), injusta y dolorosamente arrancado en 1946 de la que casi era para él una segunda patria, forma ya parte entrañable del patrimonio cultural de los argentinos.

Américo Castro, aunque hijo de padres españoles, había nacido en Río de Janeiro.

<sup>21</sup> Trabajo de 1935, incluido en Estudios lingüísticos. Temas españoles, Madrid, Gredos, 1953, págs. 161-189.

<sup>22</sup> Trabajo de 1933, incluido en Estudios lingüísticos. Temas españoles (op. cit. en n. 21), págs. 125-160.

<sup>23</sup> Poesía y estilo de Pablo Neruda. Interpretación de una poesía hermética, Buenos Aires, Losada, 1940.

<sup>24</sup> De la pronunciación medieval a la moderna en español (ultimado para la imprenta por Rafael Lapesa), Madrid, Gredos, 2 vols. El vol I apareció en 1954, y el vol. II en 1969.

Cursó sus estudios universitarios en España, Francia y Alemania, y fue uno de los miembros más destacados de la Escuela de Estudios Históricos de Madrid, un ámbito propicio para que se magnificara su natural capacidad para conciliar la filología con la historia y la investigación lingüística con la crítica literaria. La amplitud de su labor como lingüista y filólogo abarcó la romanística, la periodización histórica del español y un profundo conocimiento de la dialectología peninsular (incluyendo el examen de interferencias arábigas y el manejo del mozárabe y del judeo-español) que llegó a expandirse hacia la problemática lingüística hispanoamericana. Fue editor y anotador de textos hispánicos de distintas épocas y de las más diversas características, conocedor erudito y agudo crítico literario de las glorias de la literatura española (*La Celestina*, Fray Luis, Santa Teresa, Cervantes, Lope, Tirso, Quevedo...). Y fue un historiador polémico, pero por ello mismo removedor de indagaciones acerca de lo hispánico.<sup>25</sup>

La pasión del historiador recorre toda su obra, en la que sobresalen el propósito de explicar hechos aislados inscribiéndolos en el entramado de los procesos históricos, y el intento de demostrar (desde una óptica muy peculiar) la existencia de un modo de vida hispánico enfocado como un complejo total en el que no pueden dejar de articularse los fenómenos socioculturales hispanoamericanos. El contacto vital que tuvo con Hispanoamérica (particularmente con la Argentina) influyó incluso, según la opinión de su discípulo de Princeton, John Hughes,<sup>26</sup> en la estructuración de sus ideas acerca de la historia de España y del mundo hispánico. Y dos libros sobre Hispanoamérica pueden ser considerados como antecedentes de *España en su historia*:<sup>27</sup> *La peculiaridad lingüística rioplatense y su sentido histórico*<sup>28</sup> e *Iberoamérica*.<sup>29</sup>

Las enconadas respuestas que despertó el primero de estos dos libros en la Argentina<sup>30</sup> tuvieron que ver con el tono con que Castro se refirió a nuestra idiosincrasia expresiva («desbarajuste lingüístico», p. 34; «corrupción», p. 59; «lengua plebeya», p. 69, de frases «como salpicada de viruelas» por la «ignominiosa fealdad del voseo», p. 40<sup>31</sup>),

<sup>25</sup> Cf. acerca de la extensa bibliografía de Américo Castro y su significación; los artículos de M. Durán, M. Enguádanos, D. García Sabell, E. L. King, en M.P. Hornik (ed.), *Collected Studies in Honour of Américo Castro's Eightieth Year*, Oxford, Lincombe Lodge Research Library, 1965, págs. 83-90, 91-95, 109-117, 267-273. Cf. también: bibliografía del autor (preparada por A. Brent y R. Kirsner), incluida en Américo Castro, *Semblanzas y estudios españoles*, Princeton U.P., 1956, XXVII-LIII; Yakov Malkiel, «Necrology: Américo Castro as a Philologist», en R. Ph., XXVII, 1 (ag., 1973), págs. 61-62.

<sup>26</sup> «Américo Castro y lo argentino», en *La Nación* (Buenos Aires), 24-9-61.

<sup>27</sup> *España en su historia. Cristianos, moros y judíos*, Buenos Aires, Losada, 1948 (reelaborado en *La realidad histórica de España*).

<sup>28</sup> *Ed. cit. en n. 9.*

<sup>29</sup> *Iberoamérica, su historia y cultura*, Dryden, Mod. Lang. Pub., 1941.

<sup>30</sup> El libro no suscitó en general reseñas objetivas, como la de Amado Alonso (RFH, IV, 1942, págs. 388-391) o la de Ana María Barrenechea (Ruba, III, 2, 1944, págs. 123-125). Pero el encadenamiento de reacciones que provocó (del que sólo mencionaremos algunos eslabones) confirma el efecto movilizador de la obra: una explosión airada de Jorge Luis Borges («Las alarmas del Dr. Américo Castro», en *Sur*, 86 1941, págs. 55-70); una crítica de la postura borgiana por parte de Adolfo Prieto (en Borges y la nueva generación, Buenos Aires, Letras universitarias, 1954, pág. 59); y años después, un reflexivo análisis de la obra, las lecturas que provocó y el proceso sociolingüístico nacional debido a Rodolfo A. Borello. («Américo Castro y el habla de Buenos Aires», en *Cuad. Hisp.*, 158, feb. 1963, págs. 261-285), en oportunidad de publicarse la segunda edición de la obra (Madrid, Taurus, 1961). Las citas que hacemos pertenecen a esta segunda edición.

<sup>31</sup> *Aquí adhiere Castro a juicios de Arturo Capdevila* (Babel y el castellano, Buenos Aires, 1928, pág. 137).